



los carlistas, sublevándose en muchas provincias, y dispu-

No lo dudéis; si nosotros los revolucionarios de Setiembre no sabemos...

Y sin embargo, señores, la comisión del mensaje ha escrito una frase inverosímil que voy á leer...

Decía, señores, que el Gobierno de entonces se propuso pedir la suspensión de las garantías...

Por respeto á las buenas prácticas parlamentarias, y por no sentir precedentes peligrosos para el porvenir...

El Sr. VICEPRESIDENTE: Usó no puede tomar en cuenta para nada el discurso pronunciado por el Presidente...

El Sr. ROMERO ORTIZ: Sr. Presidente, respeto como debo la autoridad de S. S., pero á mí, que estoy discutiendo las palabras del rey...

El Sr. VICEPRESIDENTE: Usa no discute las palabras del rey, sino el dictamen de la comisión del mensaje.

El Sr. ROMERO ORTIZ: Yo lo discutí todo. Se puede discutir la república, se puede proclamarla, se la puede victorear...

El Sr. VICEPRESIDENTE: No hay forma de discutir al Presidente. (A petición del Sr. Lasala, se leyó el art. 42 del reglamento.)

El Sr. ROMERO ORTIZ: Continué haciendo uso de mi derecho incontestable que no hacen falta aquí los conservadores...

«Que no es el vencedor más estimado, que aquello que el vencido es respetado.»

Es bien seguro que habría sido ya de su lamentable mutismo si estuvieran aquellos dignos adversarios suyos del partido conservador...

«¿Creeis de buena fe que con un partido solo, por inteligente y numeroso y afortunado que sea, se puede consolidar una dinastía nueva?...

Y esto me lleva á exponer una sola consideración sobre el sufragio universal; consideración en que habrá de coincidir hasta cierto punto con el Sr. Garrido y el Sr. Collantes...

Cuando subió al poder el Sr. Ruiz Zorrilla, jefe de un partido en minoría al país, ¿dudaba nadie que esta mayoría sería radical?...

Veamos ahora por qué se han ido apartando de nosotros individualidades importantes que ayer se nos aproximaban. Cuando fué admitida la dimisión al primer ministro radical...

Un día decíais, con audacia demagógica, que era preciso orrear el Palacio. Otro día escribáis un artículo escarmentando los sentimientos piadosos de una augusta señora...

procedimientos de la fuerza; por el contrario, cuando mandan los radicales se encierran en sus tiendas, y esperan... ¿Qué esperan?...

Todos, señores, recordareis también el día en que el señor Ruiz Zorrilla, desoyendo los ruegos de sus amigos, renunciaba el cargo de diputado. Conoció la entereza de carácter de S. S., nadie ponía en duda que aquella resolución tuviera serios motivos...

Ahora veo que aquí domina la idea de que una Constitución democrática debe ser planteada por el partido radical, que se dice padre de la idea de la democracia.

Además, ¿habrá aquí nadie tan cándido que crea en la sinceridad, en la pureza de vuestros sentimientos democráticos? ¿Democráticos vosotros, cuando no se os ve el traje á través del sin número de cintas y bandos que cruzan vuestro pecho?...

Y si no se cree en vuestra democracia, tampoco se cree en vuestras promesas. Decía el señor presidente del Consejo de ministros que no habíais tenido más que tres meses de vida. Pues si á los tres meses los habéis olvidado todas, ¿qué no habríais hecho al cabo de un año?...

Vuestro segundo proyecto ha sido para que os autoricemos á contratar un empréstito de 4.000 millones. Habéis ofrecido extrínseca legalidad, y cobrais las contribuciones sin estar votadas por las Cortes...

¿Que ha quedado, pues, de vuestras promesas? Yo os lo dire: una quinta de 40.000 hombres; la Hacienda perdida; la anarquía convertida en estado normal...

¡Ah! Mal haría quien tuviera impaciencia por derraros; vuestro mayor enemigo son vuestros propios actos. Por haber caído prematuramente el primer ministro radical, habéis adquirido una apariencia de popularidad que ya desvaneciéndose cada vez más...

tos intereses de esta patria querida, tan abandonada hoy de la fortuna como digna de más gloriosos y más esplendentes destinos.

El Sr. Canalejas contestó á nombre de la comisión. Habiendo pasado las horas de reglamento, fué prorrogada la sesión, continuando su discurso el Sr. Canalejas. Después usó de la palabra el señor ministro de Estado para contestar al discurso del Sr. Romero Ortiz.

SECCION POLITICA.

EL DISCURSO DEL SR. ROMERO ORTIZ.

Si las sanas ideas y prácticas doctrinales que componen el credo del partido constitucional no fueran bastante á producir inmensa satisfacción á los que de él formamos parte...

Ocúrrenos esto al recordar el espectáculo que en la Cámara popular venimos presenciando desde el día en que las Cortes fueron abiertas. Escaso es el número de diputados constitucionales que en esta legislatura han podido tomar asiento...

¿Qué nombres figuran en primera línea en los debates que hasta ahora han tenido lugar en el Parlamento? ¿De quién son los discursos que más han impresionado al país y que más ha comedido la prensa de todos matices?

No son seguramente los nombres de los diputados de la mayoría los que, en el poco tiempo que llevan abiertas las Cortes, han sido objeto de las alabanzas de los políticos de todos los partidos; no son los diputados de esa mayoría, que no tiene para contestar más que á alguno que otro filósofo ó matemático que en vano han pretendido continuar esa serie no interrumpida de discursos notables que forman la gloriosa historia de nuestro Parlamento...

Comprendemos ahora la causa de las tropelías que el partido radical ha llevado á cabo para derrotar á los hombres más importantes del partido constitucional en las pasadas elecciones. Comprendemos que un Gobierno de tan escasas fuerzas como el actual, y en cuyo torno tantas nulidades se agrupan...

Dos discursos contra el mensaje llevan pronunciados nuestros amigos, dos discursos que son dos documentos parlamentarios, dos proce-

dos concienzudamente hechos del Gabinete actual y de su desatenta á la marcha política.

Anteayer el Sr. Ulloa expuso claramente, y uno por uno los errores, las ilegalidades, las inconveniencias y las injurias que lleva á cabo por el Gobierno radical en tres meses de mando; ayer, el Sr. Romero Ortiz, delujo elocuentemente las consecuencias que de esta conducta lógicamente se desprendían...

Habil, intencionado y elegante fué su discurso, cuyos párrafos eran aplaudidos hasta por la misma minoría federal, á pesar de la diferencia de ideas. Privilegio glorioso del talento y de la elocuencia que se sobreponen hasta á las pasiones políticas!

Ningún cargo tan terrible se ha fulminado contra el Gobierno, á propósito del sistema de persecución y exterminio que ha seguido con los constitucionales, como el que con apasionadas y elocuentes frases dirigió ayer á los ministros el Sr. Romero Ortiz.

¿Qué pretendéis, decía, con vuestra conducta para con el partido constitucional? ¿Prendéis matarlo? ¿Y creéis que vosotros solos, que un partido solo, es capaz de mantener una Constitución y consolidar una dinastía? Si vuestros propósitos se realizan, si conseguís ser el único partido legal, el único partido dinástico, entonces, ¿ay de la dinastía! ¿ay de la Constitución!

Profunda impresión produjeron en la Cámara estas palabras, tanto por la forma y entonación que fué pronunciadas, como por la profunda verdad que encierran. Convencidos están los miembros de que una dinastía no se consolida ni puede vivir con un solo partido político que la apoye, y mucho menos siendo este partido de ideas tan peligrosas para el trono como las que los miembros sustentan; pero precisamente porque saben esto, es por lo que trabajan para lanzar fuera de la legalidad al único partido que hoy puede consolidar la obra revolucionaria de Setiembre...

Con energía patentizó el Sr. Romero Ortiz la falsa democracia de los miembros que pretenden y conceden cruces y bandos á manos llenas, al mismo tiempo que crean una aristocracia inverosímil, que el orador calificó graciosamente de aristocracia haitiana.

Bien merecía el discurso de nuestro amigo el límite de un artículo lo consintiera, que examinásemos detenidamente e hicésemos notar los rasgos de habilidad y de elocuencia que en él resaltan; por de pronto debemos recomendar su lectura á nuestros lectores, seguros de que hallarán allí el sentimiento del país magníficamente retratado, y las ideas más sanas enunciadas con la más noble entereza.

La presidencia, saliendo en auxilio del Gobierno, quiso detener al orador. Varias veces en su camino, sustituyendo así los campanillazos a la razón y á los argumentos; pero con eso no hizo el presidente más que contribuir á la gloria del Sr. Romero Ortiz, que en sus réplicas á las inoportunas observaciones de la presidencia, fué aplaudido por todos los lados de la Cámara.

«Antes de comenzar este interesante trabajo, que revela toda la extensión del talento de Jenny Punker, debemos, como por vía de introducción, manifestar al público de qué modo ha llegado á nuestras manos esta verdadera biografía, no escrita, acaso, para que viera la luz pública, y que por esto tiene mayor mérito, si es posible. Se remitió por la misma Jenny Punker desde París á un personaje residente en Madrid, quien debía entregarla á otro personaje, no sabemos con qué objeto; pero, sin duda, debía tener un grande interés en adquirirla, porque parece que repetidas veces se pidió esta relación, hasta que, al fin, se consiguió. Llegó á Madrid la notable biografía, y por una rara casualidad vino á nuestras manos, como tan ardentemente deseábamos. Se cuenta la siguiente anécdota, á la que el público puede dar entero crédito. Dicese que una dama muy hermosa y bastante asuta, deseaba impedir la venida á Madrid de Jenny Punker, á quien no quería bien, ignorándose el motivo. Esta dama supo la existencia de la biografía de la artista notable, quiso poseerla, y valiéndose para ello de un señor diputado bastante influente, quien, parece, miraba á la susodicha dama con ojos amorosos, sin que todos sus esfuerzos lograsen que aquella le correspondiera. Pero había llegado el caso de hacerse servir de dicho señor, y preciso fué comenzar por visitar el fuego que ardía en su cándido corazón

La dama se conoce que es resuelta, porque, habiendo formado el plan de servirse del señor diputado enamorado como de un juguete para conseguir sus fines, se vistió deliciosamente, replegó sobre su frente de hacer una blanca mantilla española, levantada por una rosa que descansaba suavemente en una de sus megalas, y se hizo conducir á casa del enamorado señor. Fue un paso que revela por sí solo todo lo que deseaba la bella señora poseer el manuscrito de Jenny. De lo que pasó en casa del diputado, que todos conocen bien, aunque no le nombramos, solo sabemos que la dama se mostró, primero celosa, y luego exigente, girando siempre dentro del círculo de la adquisición del manuscrito misterioso. El galán juraba que jamás había amado á mujer ninguna como á la mencionada hermosura, pero en cuanto á adquirir el codiciado paquete, que solo robándole podía conseguirse, preciso es decir, en honor de la verdad, que el notable orador se resistió repetidas veces, á pesar de las suplicas de la que adoraba. Pero, cuando se ama á unos ojos hermosos, no aniquila las resoluciones más firmes una sola mirada de aquellos. «Si, ciertamente, y sucedió lo que debía, lo que toda mujer amada había de esperar. El señor diputado elocuente ofreció á la señora de sus pensamientos, á la que tanto amaba, sin ser correspondido, ofreciéndola, deci-

que íbais á llegar hasta el extremo de pedirme perdón por esa ligera imprudencia. —Pues bien, si no me conozco, no soy la misma, no sé lo que está pasando por mí, y con efecto, aquí, sola delante de vos... ¿queréis más? exclamó con una amarga sonrisa. —¡Dios mío! —Os pido que me perdoneis, Julian. —¡Qué oigo!... exclamó mirándola, y retrocediendo un paso el periodista-diputado. La duquesa estaba hermosa, interesante como nunca. Julian Galindo conoció que su corazón palpitaba, que quizá le iba á vender, pero vino á contrarrestarle el orgullo, el amor propio ofendido, que recordaba la ofensa que debía vengar. Reflexionó un momento, y dijo después, con la amabilidad más esquisita: —A pesar de todo, señora, no olvidaré que os he amado y que vos me odiáis... sí, me odiáis, porque lo conozco bien. —¡Yo, Julian? —Vos: no me hago ilusiones, pero me habéis suplido, debo ceder y cedo. —¡No contestareis á ese folletín desgraciado? —No diré una sola palabra sobre él, os lo prometo, pero advierto que esta tarde saldrá en La Voz de la España mi folletín especial, por más que á algunos pueda desagradar; es una satisfacción que me debo, y de la que no me privaré.

grande esa merced y no soy acreedor á ella. —¡Otra humillación! Os conozco bien, os vengareis. —Lo espero. —Me habéis dicho que seréis franco si os es posible: ¿podeis decirme lo que pensáis hacer? —Sí, señora duquesa; una verdadera simpleza, oponer folletín á folletín; El Gamaleon ha dado hoy por la mañana el vuestro; La voz de la España dará hoy por la tarde el mío. —Defendiendo á Jenny, ó defendiéndolos á vos mismo? —Perdonadme; es un secreto, y no puedo revelaroslo hasta que, como todo Madrid, lo veáis esta tarde. —¿Os vengáis de mí en ese escrito? —Para nada aparece en el vuestro nombre; yo respeto lo que debe respetarse, mi folletín no pasa de ser una colección de divagaciones, algunas recuerdos históricos, algunas memorias de cronistas palaciegos; mi yo mismo sé lo que he escrito; esperad hasta á la tarde, señora duquesa, y saldareis de dudas. —Os creía generoso, Julian, y no lo sois. —Por qué, señora? —Os propone una dama una reconciliación, y no aceptáis. —No, y creed que lo digo con todo mi corazón; cuando se me dice «guerra á muerte», y se me estrecha la mano al pronunciar estas palabras, si las digo también, las hago el de-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012



